

teis trasladada al cielo, contiene en vos el universo entero su comun propiciatorio. ¡Oh peana de la vida, y vida de los vivientes, y causa de la vida! *Abi in pace, placa Dominum pro communi figmento. Nam quamdiu versabaris in terra, te habuit parva terræ portio; ex quo autem translata es e terra, te universus mundus continet commune propitiatorium. ¡O, vitæ suppeditatrix et vita viventium et causa vitæ!*

CAPITULO V.

Resúmen de esta primera esposicion.—Conclusion en respuesta á una antigua objecion renovada en nuestros dias.

§. I.

Creemos haber establecido la perfecta racionalidad del culto de la Santísima Virgen, esponiendo sus verdaderos caracteres y rectificando todas las falsas interpretaciones que han podido darse á esta materia. Una vez fundado el sistema cristiano, de él se deduce este culto tan lógicamente, realiza tan escelentemente los principios que se hallan contenidos en aquel, satisface tan completamente las concepciones que de él resultan, enriquece, por decirlo así, á la doctrina cristiana con acordes tan puros, tan llenos, tan consonantes; en una palabra, traba tan perfectamente todos los miembros del sistema, que la verdad general del Cristianismo halla en él una de sus manifestaciones mas evidentes, y el error de la heregía una de sus mas concluyentes convicciones.

La teoría general, tan bella como rigurosa, sobre la cual reposa esta esposicion, es que la criatura, por la misma revelacion que la ha despojado del culto de *adoracion* que antes se le tributaba, ha sido honrada con un culto de *honor* que, al mismo tiempo que la glorifica, la sujeta á Dios, por respeto al cual le es dado este culto, como á el Autor de su sér, de su ennoblecimiento y de su gloria: que por consecuencia este culto, lejos de esponernos á la idolatría, nos preserva de ella, y que el rehusarlo es negar á Dios la gloria que le resulta de sus propias obras, es entregar estas á todos los mú-

tuos extravíos que sus atractivos provocan, es abrir de par en par la puerta de la idolatría.

La consecuencia de esta primera teoría, no menos rigurosa que ella misma, es que, si toda criatura debe ser honrada cual obra é imagen del Criador, deberá serlo *proporcionalmente* á esta relacion con Dios y á la excelencia que de El recibe. Consecuencia que ya se vé en el orden de la naturaleza, en donde el hombre ha sido coronado de honor y de gloria sobre todas las obras de Dios, como hecho á su semejanza; consecuencia que debe continuarse en el orden de la gracia y de la gloria; pues que el cristiano debe ser honrado á proporcion de su relacion de gracia y santidad con Jesucristo, como rehecho á esta imagen encarnada del mismo Dios.

De aquí entre todos los cristianos un honor comun y proporcional, cuyo culto es el corolario del culto de Jesucristo, y que es tanto mas legitimo, tanto mas sagrado, quanto la union de gracia y de gloria que los asocia á este Divino Gefe ó Cabeza es mas maravillosa y mas eficaz para no formar sino un solo cuerpo con El, y hacerles participantes de su divinidad como El se ha hecho participe de nuestra humanidad. Y esto sin el menor peligro de confundirse con El, al contrario, con tanta mas distincion y dependencia; porque á medida que es elevado el honor de esta union, promueve la gloria de Dios y se aleja de la idolatría, estando fundado sobre la gracia mas grande que Dios ha hecho á su criatura y sobre la fidelidad mas absoluta con que esta se ha sacrificado á su servicio y á su amor. En fin, este culto de honor, siendo tambien un culto de caridad, halla en este carácter una nueva razon que se remonta hasta la equipolencia del gran precepto de amar á Dios con todo nuestro corazon; puesto que, para amarle así, es necesario amarle en nuestros hermanos, á proporcion que El mismo habita en ellos por sus dones.

Sobre esta base comun del culto de honor y de caridad que se deben unos á otros los cristianos, ofreciendo una diversidad infinita de gerarquías solidarias, de las cuales todas tienen por garantía la justa retribucion de lo que á cada una se debe, se eleva el culto de la Santísima Virgen; culto que no puede rehusarse ó disminuirse sin atentar al Cristianismo entero, del

cual es María la mas alta personificación. Culto que glorifica en ella nuestra raza, puesto que ella es nuestra hermana en Adán y nuestra Madre en Jesucristo. Culto que por lo mismo que es debido, lo es en toda su medida, que consiste en ser incomensurable; pues tiene por objeto una dignidad cuya proporcion es el mismo Dios, la incomensurable dignidad de *Madre de Dios*. Culto que, con todo, no puede llegar á ser excesivo, porque El no puede estralimitar su naturaleza, que es el simple honor, sin adoracion, sin sujecion. Culto que no solamente es incapaz de hacer sombra al culto debido á Dios, sino que glorifica á Dios mas de lo que El es glorificado en todas sus otras obras; toda vez que María es aquella en quien El ha hecho *mayores cosas*, que se anonadó mas delante de El; que ha recibido de El mas gracia y que mas gloria le dá; un abismo de grandeza sostenido y realzado por un abismo de humildad; un *Magnificat* que llenó toda la tierra y hasta el mismo cielo. Culto, finalmente, tanto menos recusable, quanto que ha sido tributado á María, no solamente por todos los justos de ambos Testamentos, no solamente por la naturaleza angélica, sino tambien por el mismo Dios, que, despues de haber querido nacer con su consentimiento y en su seno, ha cumplido para con ella todos los deberes de la mas filial sumision, y nos la ha dejado por Madre desde la Cruz, en el supremo instante en que ella llegaba á serlo por las desgarradoras penas de su compasion.

Tales son los fundamentos en que se apoya el culto de la Santísima Virgen como culto de honor y de caridad.

Este culto, hemos dicho despues, es un culto de *imitacion*, y este segundo carácter se deriva del primero. Contemplar y reproducir en sí las virtudes de un padre ó de una madre, *he aquí los verdaderos homenajes*, por los cuales la ternura de los hijos debe consagrar su memoria. Así habla la naturaleza humana por uno de sus mas profundos intérpretes. El culto de honor debido á la Santa Virgen debe, pues, traducirse en un culto de imitacion. Y lo que así se ha tomado de la naturaleza, ¡á qué grado de orden y de excelencia no ha sido llevado en la Religion! La Religion tiene

por objeto final la imitacion, la reproduccion en el alma humana de la misma perfeccion de Dios. Rescatarnos y edificarnos, he aquí el doble fin de la Encarnacion del Verbo. Por esto se hizo hombre: para tener en esta naturaleza humana, no solamente con que poder espiar por medio de su sacrificio, sino tambien con que poder formarnos con su ejemplo; con esta diferencia, que la espiacion no ha sido mas que el medio y que nuestra formacion era el fin. Para esto, pues, Dios mismo se ha puesto como modelo apropiado á nuestra naturaleza. Mas esto no ha sido sino el principio del sistema; su consecuencia ha sido el reproducir la imágen de Jesucristo en copias bastante perfectas para llegar ellas mismas á ser modelos secundarios de imitacion, por los cuales, como por una especie de enseñanza mútua, pudiésemos nosotros aproximarnos al Divino modelo. Tales son los Santos. Tal es sobre todos ellos la Santísima Virgen; la Santísima Virgen, en quien Dios ha realizado la plenitud de esta perfeccion que El ha sembrado á diversos grados en los Angeles y los Santos, no solamente para promover con esto su gloria, como el obrero con su obra maestra, sino para hacer de ellos un instrumento de reproduccion de su santidad en nuestras almas. Así es como hemos trazado en nuestro estudio con todos los rasgos de esta visible predestinacion, el oficio de la Santísima Virgen entre Jesucristo y nosotros. De donde es preciso concluir, que tenemos obligacion de imitarla, y para esto, de honrarla. De suerte que, si el culto de honor, cuya razon de ser hemos visto poco ha, debe traducirse por un culto de imitacion, el culto de imitacion, que no tiene menos su razon propia, debe traducirse por un culto de honor, y que estos dos caracteres del culto de la Santísima Virgen se engendran y fortifican mútuamente. La admiracion lleva á la imitacion, y la imitacion procede de la admiracion, la justifica y la fecundiza; hace que el culto de la Santísima Virgen no sea un culto ocioso y supersticioso, sino eminentemente piadoso y religioso; tanto mas piadoso y religioso, cuanto lo que honramos é imitamos en Maria son virtudes, por las cuales ella nos conduce á Jesucristo y nos eleva hácia Dios, que nos forman para ser siervos de Dios, como ella ha sido

su esclava, y que hacen de su culto la alta escuela de la imitacion de Jesucristo.

Pero el culto de la Santísima Virgen no está limitado al honor y á la imitacion; tiene además por objeto *la invocacion*, la invocacion de su *intercesion* con Dios para obtenernos las gracias, y aun de su *cooperacion* para que podamos renacer á la vida de Dios y para salvarnos. Tampoco en esto atribuimos nada á la Santísima Virgen, fuera del grado, sino lo que es ya la herencia de todos los Santos en el cielo, y aun de los fieles que viven en la tierra; y el negárselo seria desheredar á todos los cristianos. Nosotros todos podemos y debemos *interceder* los unos por los otros, *edificarnos* y *salvarnos* mútuamente: poder que indudablemente no tiene su origen de nosotros, que viene de Dios y de Jesucristo, pero que reside en nosotros, y que como tal, lejos de ser incompatible con el supremo carácter de *único Mediador* y *Salvador* en Jesucristo, es instituido por el mismo Dios, que en ambos Testamentos, no solo ha proclamado este poder de sus Santos, sino que ha subordinado á la intervencion de ellos su mismo supremo poder. Es preciso echar por tierra todo el Cristianismo en sus Escrituras, en sus dogmas y en su historia, ó reconocer esta verdad. Una vez reconocida esta verdad, y siendo el poder de intercesion y cooperacion de los Santos proporcionado á su santidad y á su elevacion en la gloria, se sigue de aquí, que el poder de intercesion y de cooperacion de la Santísima Virgen tiene la primacia sobre todos los poderes de los demás Santos, que él está en proporcion de su dignidad y de su santidad de Madre de Dios, es decir, que ella es una *Omnipotente* por quien Dios ha resuelto hacer pasar todos los bienes de su gracia, como consecuencia del glorioso designio que ha hecho nacer de ella á su Autor.

Tal es el fundamento del culto de *Invocacion* de la Santísima Virgen, descartado de todas las objeciones, en particular las que hemos apreciado en su justo valor, y de las cuales hemos sacado ricos descubrimientos. Culto que hace que los cristianos se aprovechen en la tierra de toda la vida, de toda la gloria y de todo el poder que Maria tiene en el cielo; que establece una comunicacion entre ellos y esta San-

ta Madre, y como una permutacion de los homenajes y de los votos que ellos le dirigen y de los socorros y gracias que ella les alcanza. Culto que completa y termina el culto de honor y de imitacion, haciendo que esta dignidad que honramos nos sirva de socorro, y que esta santidad que nos esforzamos por imitar, nos sea comunicable, que nos merezca las gracias y las virtudes, sin las cuales el culto de honor y de imitacion seria estéril é impotente. Culto que, por esto sobre todo, no se dirige á un ídolo ó á una divinidad, sino á un sér viviente, á unas entrañas de Madre, que nosotros llamamos con razon nuestra dulzura, nuestra esperanza, nuestra vida; y que, no siéndolo mas que por la gracia de Jesucristo, manantial de esta vida, de la cual ella es el canal, no intercepta, sino que alimenta nuestras relaciones con Dios, término final de todos nuestros cultos.

Tal es el resúmen esprimido y sustancial de esta primera esposicion.

Veamos ahora la conclusion que se deduce de esta doctrina, y á la cual una antigua objecion, renovada en nuestros dias, ha hecho resaltar elocuentemente.

§. II.

Un filósofo contemporáneo, que se llama y que se cree católico, pero cuyo talento y carácter se han extraviado deplorablemente en un galicanismo jansenita, que no tiende menos que á acusar á la Iglesia de perversion en el culto, en el gobierno, en la moral (1) y hasta en el dogma (2), y que vé en las doctrinas de 89, especialmente en la proclamacion de los derechos del hombre, una tercera revelacion, de donde saldrá la Redencion universal por la constitucion civil del clero, M. Bordas Dumoulin, en un libro reciente sobre *Los poderes constitutivos de la Iglesia*, justamente condenado en Roma, ha consagrado dos capitulos á lo que llama él *El Marianismo sustituido al Cristianismo*.

(1) Pág. 520.

(2) Pág. 532.

Para apreciar cuán fuera de razon es este ataque, es necesario saber que una de las mas grandes acusaciones de M. Bordas contra la Iglesia, es la tolerancia que ella admite en la interpretacion de la máxima: *Fuera de la Iglesia no hay salvacion*; atemperándola con esta otra: *La ignorancia invencible de la verdadera religion no es culpable á los ojos de Dios*. Segun M. Bordas Dumoulin, *los hombres son culpables aunque obren por causa de ignorancia invencible* (1). Por consiguiente, la máxima *fuera de la Iglesia*, no debe admitir ningun temperamento: su rigor debe ser judáico y envolver inexorablemente la condenacion de todos aquellos á quienes comprende literalmente; doctrina tanto mas desoladora, cuanto que, por otra parte, M. Bordas Dumoulin no vé en la Iglesia mas que un foco de perversion, y que por lo mismo tanto dentro como fuera de la Iglesia, es imposible la salvacion.

Semejante rigorismo debia evidentemente mirar con horror á un culto del todo misericordioso como el de la Santísima Virgen. Pero lo que es notablemente instructivo, es que este odio, que toma las apariencias de un celo exagerado por el Cristianismo á quien se quiere purgar del Marianismo, vá á perderse en la negacion de Jesucristo, y por este fatal desacierto, acusa altamente el error que á él le conduce.

Para justificar esta asercion, no tenemos que hacer mas que citar. Así, á propósito de este bello pensamiento de Monseigneur de Paris: «Es de notar que casi siempre, cuando el género humano se ha hallado en crisis extraordinarias, le ha sido dado, para salir de ellas, el conocer y bendecir una perfeccion mas en esta admirable criatura, que fué acá bajo el reflejo mas magnífico de las perfecciones del Criador;» á propósito, vuelvo á decir, de este bello pensamiento, se inflama el celo cristiano de M. Bordas Dumoulin; ¿y cuál es la espresion que mas le exalta? No es fácil adivinarlo. Es la palabra *reflejo*. «Nosotros habiamos creído, dice, que el mas magnífico reflejo de las perfecciones divinas acá bajo, habia sido... Jesucristo (2).»

(1) Esta proposicion es la materia de todo el capitulo 3.º del libro 6.º de la obra de M. Bordas Dumoulin.

(2) Pág. 555.

Así las perfecciones divinas no pertenecen á Jesucristo; no tiene de ellas mas que el *reflejo*, por consiguiente no es Dios... Y el autor sabe muy bien lo que dice, porque él ha enseñado ya, pag. 69, que *las perfecciones divinas no pertenecen mas que á la Divinidad*.

Así es como los censores del culto de la Santísima Virgen no nos echan en cara tan violentamente el que lo exaltamos, sino porque pretenden rebajar á Jesucristo; Jesucristo, cuya gloria no obstante quieren vindicar.

Por otra parte, el autor, reprobándonos la pretension de divinizar á María, siendo así que nosotros no hacemos de ella mas que el reflejo de las perfecciones divinas, añade: «Ellos no echan de ver que con divinizar á la Madre, quitan el ser hombre al Hijo, y se pierden en el Eutyichismo. La Virgen, hecha Dios, podrá crear un hombre, y no podrá engendrarlo, porque *nadie engendra sino á su semejante* (1).»

Por esta última proposicion, cae evidentemente el autor en el Nestorianismo; porque si *nadie engendra mas que á su semejante*, María, pura mujer, no ha engendrado Dios, sino un simple hijo de Adam, como ella, una persona humana, á la cual vino á juntarse la persona divina del Hijo de Dios, doctrina que es la negacion radical del Cristianismo. M. Bordas Dumoulin no se limita á esta negacion implícita de la divinidad del Hijo de María; verémosle, con ocasion del concilio de Efeso, articular esplicitamente el Nestorianismo, y justificar por lo tanto tristemente este culto de María, que jamás se impugna sin recibir el condigno castigo.

Pero M. Bordas Dumoulin no se ha concretado á atacar el culto de la Virgen con una agresion directa: ha creído deber exhumar y reimprimir un escrito mas especioso, mas astuto y mas cauteloso, que vió la luz pública en el siglo XVII, con el título: *Consejos saludables de la Bienaventurada Virgen María á sus devotos indiscretos*, y en el cual, entre muchas espresiones ortodoxas y admitidas de todos los cristianos, se insinúa, por la boca de la Santísima Virgen, una censura general, encamina-

(1) Página 68.

da nada menos que á borrar enteramente de la tierra su culto.

Este escrito, compuesto primeramente en latin por un tal Adam Widelketz, jurisconsulto de Colonia, despues traducido arriesgadamente al francés por el fogoso Gerberon, fué el manifiesto del Jansenismo y el programa de las mutilaciones litúrgicas que la secta introdujo mas adelante en los oficios relativos al culto de la Madre de Dios. Sostenido desde luego con grandes refuerzos de flamantes aprobaciones de Doctores, Canónigos, Sufragáneos; cobijado por el mismo Arzobispo de Colonia, y finalmente, como lo observa con satisfaccion M. Bordas Dumoulin, por Gilberto de Choiseul du-Plessis-Praslin, Obispo de Tournai y relator de la Asamblea del Clero para la declaracion de 1682, no por esto dejó de ser condenado en Roma el 22 de junio de 1675. Pero lo que hace á este escrito mas digno de escitar nuestra curiosidad, lo que le dá un interés histórico, es el honor que tuvo de caer derribado por los golpes de la literatura francesa, á la cual suministró la feliz ocasion de desplegarse por la gloria de aquella Virgen Augusta, á quien el libro queria oscurecer.

Bourdaloue, á quien M. Bordas Dumoulin no ha temido invocar en apoyo de su tesis, se elevó en esta ocasion á acentos católicos, en que toda su razon pareció inflamada por la piedad de su corazon. Esta es la mas sólida y mas bella apologia del culto de la Santísima Virgen que se haya podido pronunciar; ella no ha podido envejecer, y tiene en el dia no menos interés que en el gran siglo, contra estos censores del culto de la Madre de Dios, que están mas pesarosos de sus pretendidos excesos y abusos, que movidos de sus bellezas y de sus ventajas. Esta pieza maestra de elocuencia, habia sin embargo perdido una parte de su interés por la ignorancia en que estábamos de la circunstancia que la habia provocado. Demos gracias á M. Bordas Dumoulin, porque con hacer renacer sus *Consejos saludables*, ha hecho á Bourdaloue subir de nuevo á su cátedra ante nuestra vista, y ha vuelto á la palabra del grande orador sobre esta materia una actualidad que ya no tenia (1).

(1) He aquí cómo M. Bordas Dumoulin presenta este contra-tiempo de los *Consejos*: «Causa admiracion que Bourdaloue los

Fué el día de la gran fiesta de la Asuncion el escogido por el Príncipe de los predicadores para protestar contra los *Consejos*. Con este conjunto de miras, que le hacian ser llamado por Madame de Sevigne *el gran Coloso* (1), asienta primero que «para honrar santamente á la Madre de Dios, es necesario honrarla con juicio.... Mas, añade, se ha de convenir al mismo tiempo en otra verdad, que me parece igualmente incontestable, á saber: que si es necesario discernimiento y prudencia para honrar á la Madre de Dios, no se necesita menos, ¿qué digo? se necesita todavía mucho mas para censurar á los que la honran, y para erigirse en juez del culto y de los homenajes que se le tributan.... Puede haber en el mundo, entre las personas dedicadas al servicio de la Virgen, *devotos indiscretos*, enhorabuena; y si los hay, no permita Dios que yo pretenda aquí escusarlos ni autorizarlos; mas tambien puede haber censores indiscretos de la devocion para con esta misma Virgen; y esto es en lo que no se piensa bastante. Se declama contra el primero de estos desórdenes, y al mismo tiempo se tiene á gala y se hace una estraña vanidad del segundo. Sin embargo, el segundo no es menos peligroso que el primero; y el varon cristiano no corre menos riesgo ante Dios, condenando con temeridad un culto legitimo y santo, que practicando por ignorancia un culto exagerado y supersticioso....»

Bourdaloue, ocupándose mas francamente de los *Consejos*, caracteriza así sus autores y su objeto:

«Se ha pretendido que, á pesar del cuidado que han teni-

haya atacado (reservamos á M. Bordas Dumoulin otra admiracion). ¿Obró movido por su propio instinto (se vá á ver), ó bajo la influencia de sus cohermanos los Jesuitas? Sea de esto lo que quiera, obligado á apoyarse en los textos apócrifos, de que ya he hablado, y en los estravíos á donde ellos habian impulsado á San Bernardo (hablaremos mas adelante de estos textos), *causa lástima.*»

(1) «Todos los predicadores de este año son escuchados cuando no predica el *gran Coloso*: este *gran Coloso* es el grande Bourdaloue. (Carta del 28 de marzo de 1689.)»

do los pastores de instruir á los pueblos y de depurar en nuestro siglo la religion, ó sea la devocion de los fieles, hay todavía exceso, y por consiguiente abuso en el culto que se dá á la Santa Virgen; y lo que yo os ruego que noteis bien, es que no son solamente los enemigos declarados de la Iglesia los que han juzgado de este modo. Algunos, aun de sus propios hijos, han deplorado este abuso; católicos, tenidos por celosos, pero cuyo celo indudablemente no ha tenido todas las cualidades necesarias para ser *celo* segun *la ciencia* que pedia el Apóstol; sea de esto lo que quiera, católicos han creido deber tomar sobre este punto la causa de Dios; y de la manera que se han esplicado sobre esto, he aquí los tres puntos en que les ha parecido llegar hasta la *indiscrecion* la veneracion del comun de los fieles. Porque esta es la voz que han empleado, y nos importa mucho conocer á qué la han aplicado.

«Movidos por el interés de la gloria de Dios, se han lamentado de que se honra á María como á una divinidad.—Se han quejado porque se le dan títulos de honor que no le pertenecen, sobre todo, los de Mediadora y Reparadora del mundo perdido.—Han deplorado que se le hayan atribuido nuevos privilegios, no revelados ni en la Escritura ni en la tradicion.» (Esta última acusacion alude principalmente á la creencia de la Inmaculada Concepcion, mas y mas enseñada en la Iglesia, y cuya declaracion dogmática hemos tenido el gusto de ver en nuestros dias.)

«Examinemos sus quejas sin prevencion, continúa Bourdaloue, y puesto que ellos las han hecho públicas en el mundo cristiano en forma de *Consejos dados por la misma María á sus devotos indiscretos*, nosotros, que de buena fé queremos que nuestra devocion sea prudente, que sea sólida, que sea irreprochable, aprovechémonos de estos *Consejos* y sirvámonos del exámen que vamos á hacer de ellos para ser todavía mas exactos é intachables en el culto de la Virgen á quien veneramos.»

Despues de haber caracterizado y fijado así el debate con aquella grande calma de razon pura que formaba el fondo de su carácter, Bourdaloue comienza el exámen de las tres acusaciones principales de la Asuncion.